

**Hablando de Gastón y para Gastón. Gastón Gabriel Doucet, 1948-2015****Ana María Presta (Universidad de Buenos Aires-CONICET)**

**G**astón Gabriel Doucet nació en Córdoba el 2 de Julio de 1948. Recibió su título de Abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UNC, aunque no lo asistió el interés por ejercer su profesión, la cual le sirvió de plataforma para discurrir en la historia de las instituciones, abordar la historia del derecho y escribir sobre la historia social colonial americana.

Mago de los archivos, obsesivo buscador de documentos e incansable detector de fuentes, sus investigaciones lo llevaron a recorrer numerosos archivos nacionales e internacionales, siendo becario externo del CONICET en los archivos españoles durante los años 1977-1978. Laboriosa e intensamente indagó en el repositorio mayor español, el Archivo General de Indias, en el que radicó sus intereses sobre el Tucumán colonial, buceando en la problemática de la conquista, el sistema de encomienda, la fundación de las ciudades, las ordenanzas y visitas de funcionarios, las sucesivas y conflictivas gobernaciones, las guerras calchaquíes, las desnaturalizaciones de los indígenas, los sistemas de trabajo y la tributación, la sociedad tucumana y sus diferencias internas, entre los múltiples temas que lo llevaron a explorar, más allá del archivo sevillano, los del Duque del Infantado, el Histórico Nacional, la Biblioteca del Palacio Real, la Biblioteca Nacional, la Real Academia de la Historia, la Biblioteca Zabalburu y los respectivos archivos de las Chancillerías y el General de Simancas. Trabajó profusamente en los archivos argentinos, comenzando por el Archivo General de la Nación y el de Córdoba, sumado a los del Noroeste (Salta, Jujuy, Tucumán, Catamarca, Santiago del Estero), descubriendo la riqueza genealógica de los archivos de la Iglesia de Todos los Santos de los Últimos Días. Visitó el Archivo Nacional del Perú y la Biblioteca Nacional de Lima, dedicando años a la exploración de los repositorios bolivianos de Sucre, La Paz, Tarija y Cochabamba, leyendo en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro y en la de Santiago de Chile. Conoció e indagó en numerosos archivos privados argentinos, bolivianos, norteamericanos y españoles, labrando fructíferas relaciones personales con los descendientes de personajes coloniales de los que extrajo valiosa documentación para sus investigaciones y quienes le confiaron su correspondencia y registros familiares sabedores de la pericia y la honestidad intelectual de Doucet.

En 1980 había ingresado a la Carrera del Investigador Científico del CONICET y en el mismo año inauguró la cátedra de Historia de América Colonial de la Pontificia Universidad Católica Argentina, instituciones en las que brilló por su erudición, originalidad, dedicación y aptitud docente, deslumbrando a propios y ajenos en disertaciones, conferencias, presentaciones a congresos y charlas formales y hasta inolvidables tenidas de café.

Fue investigador visitante de la Universidad Nacional Autónoma de México y de su Instituto de Investigaciones Jurídicas, miembro del Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho de nuestro país y del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano, miembro de número de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina y del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, siendo asimismo miembro correspondiente de la Sociedad Boliviana de Historia, del Instituto Boliviano de Genealogía y de los Centros de Estudios Genealógicos de Córdoba y de Salta.

La obra de Doucet se caracteriza por un estilo inconfundible de utilización del lenguaje, en el que la mano del historiador se nutre del acervo cultural de un lector empedernido dueño de una prosa erudita caracterizada por plasmar, sin excepciones, los fundamentos heurísticos de una cuidadosa investigación junto a una interpretación donde ni el menor detalle queda librado al azar. Resulta ineludible la lectura de artículos de su autoría que constituyen modelos y fuentes de inspiración para publicaciones sobre el Tucumán colonial, tales como su “Introducción al estudio de la visita del oidor Don Antonio Martínez Luján de Vargas a las encomiendas de indios del Tucumán” publicada en el *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* en 1980, que diera lugar al rescate de esa Visita por varios colegas investigadores dos décadas más tarde, la “Génesis de una ‘visita de la tierra’: Los orígenes de la visita de las gobernaciones de Tucumán y Paraguay por el Licenciado Don Francisco de Alfaro” que apareció en la *Revista de Historia del Derecho* en 1986; “Los réditos de Quilpo: Funcionamiento de una encomienda cordobesa a fines del siglo XVI (1595-1598)” en *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* de 1986; “La encomienda de servicio personal en el Tucumán, bajo régimen legal: Comentarios a las Ordenanzas de Gonzalo de Abreu” de 1990; “Sobre el componente mestizo de los grupos sociales superiores en la periferia del virreinato peruano: El caso de los *montañeses* o mestizos de la ciudad de Esteco (1608)” de 1991, “De Juan José Feliciano Fernández Campero a Fernando Campero: Aportes documentales y críticos al estudio de la sucesión del Marquesado del Valle de Tojo en el siglo XIX” de 1993, “La abolición del tributo indígena en las Provincias del Río de la Plata: Indagaciones en torno a un tema mal conocido” publicada en 1995 en la *Revista de Historia del Derecho* y “Perduración y transformaciones de los pueblos de indios coloniales, sociedades indígenas y economías coloniales en el Tucumán colonial. Comentarios”, en la compilación de Judith Farberman y Raquel Gil Montero sobre *Los pueblos de indios del*

*Tucumán colonial*, de 2002 que resultó de su participación como comentarista del simposio que sobre los Pueblos de Indios se organizó en las XVII Jornadas de Historia Económica reunidas en la ciudad de Tucumán en el año 2000. En esas contribuciones y en la treintena adicional que este recuerdo no me permite desgranar, Doucet atisbó los resortes de la administración colonial en el Tucumán, develó la matriz tributaria de la población indígena sujeta a encomienda, mostró los réditos y la administración de una encomienda cordobesa, trabajo modélico que, como los demás, son de cita obligada de los estudiosos. Además, mostró las mezclas y los mestizajes de las ciudades efímeras que nacieron “montañas” y abordó una institución como el mayorazgo para articular propiedad, prestigio, genealogía y poder en la familia Campero, que a más de perpetuarse en una encomienda obtuvo el marquesado del Valle de Tojo, del que gozó entre el siglo XVII y la Independencia.

De un perfeccionismo obsesivo que se parangonó con la originalidad y excelencia de sus trabajos, Doucet dejó inconclusos temas y problemas que sólo él podía abordar y revelar a la historiografía americanista. Su legado marca una línea de trabajo que invita a la continuación y dedicación sobre los escarpados senderos de una jurisdicción, la del Tucumán, que presenta documentación esquiva, escueta y dispersa y que él decidió, con su tesón y paciencia, juntar, amalgamar y develar, haciendo caso omiso a marginalidades, falta de registros o diseminación de información.

Gastón Doucet falleció en su casa de la ciudad de Buenos Aires el 10 de Agosto ppdo. Su vida académica fue corta, en tanto una larga enfermedad lo mantuvo alejado de los centros de docencia e investigación en los últimos diez años, no obstante lo cual su obra, su pensamiento y reflexiones lo encuadran como uno de los estudiosos del mundo colonial más lúcidos y destacados que produjo la universidad argentina y su sistema científico. Colega y amigo excepcional, mi querido Gastón era dueño de una formación americanista y europea que sabía combinar con esmeradas, prolíficas y eclécticas lecturas que lo hacían un interlocutor de lujo para sus pares y estudiantes, investigadores y aficionados a la historia colonial, la historia del derecho y la genealogía, disciplina en la que incursionó movido por sus intereses de investigación y para la que produjo sus últimos artículos. Mi amigo Gastón fue un hombre sensible, culto y de principios, interesado en la academia y la política, en la música y las letras, ineludiblemente comprometido con sus ideas y notablemente libre y abierto para escuchar, compartir y debatir en las diferencias. Generoso anfitrión, conversador y animador de largas veladas, recibía en su casa siempre acompañado por su esposa y compañera por casi cuarenta años, la adorable amiga y colega Lourdes Lascurain, que apoyó cada uno de sus empeños, contribuyó a cada una de sus empresas intelectuales y ayudó en las mínimas y grandes tareas que demandó su ineludible pasión por su trabajo.

Dueño de una rutina inamovible, Gastón era tempranero. Impecablemente vestido, de traje o pantalón gris y saco azul, como médico de la historia colonial pero sin consultorio, atendía en bares. Lo visité asiduamente en dos, primero en el Saint Moritz de Esmeralda y Paraguay, al que acudía cada mañana, antes de las 9, cuando vivía con su familia en San Telmo. Al mudarse a la zona del Jardín Botánico, fue habitué de El Galeón, de Gurruchaga y Santa Fe. Allí, siempre con un café, en compañía de los infaltables Jockey largos, el ejemplar de La Nación, papeles, papelitos, servilletas escritas y birome leía y tomaba notas Gastón, hasta pasadas las 11, en que volvía a escribir a su casa. Ameno, poseedor de una sonrisa indeleble que denotaba el placer de conversar de historia, escuchaba y respondía mientras seguía meditando, haciendo docencia de la palabra mientras ofrecía, con noble generosidad, toda la información que pudiera acercar para ayudar con bibliografía o documentos.

Cuando viví fuera de la Argentina, escribirle y recibir respuestas de Gastón era una fiesta. Sus cartas eran ensayos, verdaderos tratados, libros de bolsillo de temas preguntados a los que no le esquivaba ni tiempo ni desvelo.

Fue duro, durísimo para él, su familia y los que lo amamos sobrellevar una enfermedad que lo mutiló en lo mejor de su ser y que avanzaba sin vallas ni barreras. Más de una vez me inflamé y me enojé por perderlo y a su mente brillante. ¿Cómo podía ser que se acabaran para él la escritura, la lectura, la palabra? ¿Dónde quedarían arrumbados los proyectos, los esbozos, las cuartillas, la memoria y la historia que tan bien conocía y transmitía? ¿En qué insondable espacio iban a permanecer las frases no escritas y los esquemas de trabajo inconclusos? Y, egoístamente, ¿Cómo era posible que ya no pudiéramos disfrutar de su saber, de sus conocimientos, de la sutileza e ironía de su humor? Su sensibilidad no lo hizo perder el placer de escuchar voces queridas, música conocida, relatos contados. Con su muerte la historiografía colonial pierde a uno de sus más apreciados y valiosos colegas. En donde quiera que estés, Gastón, gracias. Aprendí mucho de vos.

